PENTECOSTÉS, PLENITUD DE LA PASCUA

Homilía de monseñor Carmelo Juan Giaquinta, arzobispo emérito de Resistencia para el domingo de Pentecostés

(31 de mayo 2009)

I. Dios, por el Espíritu Santo, crea una Humanidad Nueva

1. Hoy celebramos la solemnidad de Pentecostés. Con ella culmina el tiempo pascual. Lo cual significa no sólo que termina este tiempo litúrgico, sino que hoy se nos revela todo el sentido de la Pascua. A saber: Dios Padre que, por su Espíritu, resucitó a su Hijo Jesucristo de entre los muertos, quiere que la resurrección se realice desde ya en nosotros, sus hermanos. Y ello de una manera misteriosa, pero no menos real: que por el Espíritu Santo, recibido en el bautismo, muramos al pecado, a nuestra vieja manera de sentir, pensar y actuar, y resucitemos a una vida nueva.

2. Se percibe esto en las tres lecturas bíblicas. En el Evangelio, con el gesto de Jesús: *"Sopló sobre ellos y añadió: 'Reciban el Espíritu Santo'" (Jn 20,22).* El gesto recuerda el hálito de vida que, según el hermoso relato del Génesis, Dios creador infundió en el muñeco de barro que se transformó en Adán (ver Gen 2,7).

Lo percibimos en la segunda lectura, de la carta a los gálatas, donde San Pablo exhorta a los cristianos a *"que se dejen conducir por el Espíritu de Dios",* lo cual se traduce en una conducta totalmente nueva: *"Amor, alegría y paz, magnanimidad, afabilidad, bondad y confianza, mansedumbre y temperancia" (Ga 5,16.22-23).*

Y lo percibimos, también, en la primera lectura del libro de los Hechos de los Apóstoles, donde la efusión del Espíritu, a pesar de su carácter íntimo, se transforma en un evento destinado a toda la humanidad: *"Había en Jerusalén judíos piadosos, venidos de todas las naciones del mundo. Al oírse este ruido, se congregó la multitud y se llenó de asombro, porque cada uno los oía hablar en su propia lengua" (Hch 2,5-6).*

II. "Un nuevo Pentecostés"

3. Con frecuencia se oye decir: "necesitamos un nuevo Pentecostés". ¿Qué se quiere significar? El libro de los Hechos muestra que Pentecostés puede suceder todos los días. Así, cuando en la primera persecución, la Iglesia se reúne a orar con los Apóstoles (cf 4,32-31). Cuando Pedro y Juan imponen las manos a los samaritanos (cf 8,14-17). Cuando Simón Pedro va a la casa del centurión Cornelio y le anuncia el Evangelio (cf. 10,44-48). Cuando Pablo, en Éfeso, catequiza a doce hombres que conocían sólo el anuncio a la conversión de Juan Bautista (cf. 19,1-7). En todos los casos se habla de la efusión del Espíritu Santo.

Lo extraordinario de Pentecostés no es la descripción apocalíptica que a veces enmarca la mencionada efusión: *"Un ruido semejante a una ráfaga de viento", "unas lenguas como de fuego" (Hch 2,2-3).* Lo extraordinario es el efecto que el Espíritu produce en quien lo recibe con fe. Toda su existencia es transformada. Como escribe San Pablo a los corintios: *"Sus cuerpos son templo del Espíritu Santo, que habita en ustedes y que han recibido de Dios" (1 Co 6,19)*.

4."Efecto extraordinario" del Espíritu Santo no significa efecto "espectacular", "colosal". Lo "espectacular" es propio del Espíritu del Mal. Como el Demonio le dijo a Jesús: *"Si tú eres el Hijo de Dios, tírate de aquí abajo, porque está escrito: 'Dios dará órdenes a sus ángeles y ellos te llevarán en sus manos'" (Mt 4,6).* Lo "extraordinario" del Espíritu Santo es la perfección de lo ordinario. Simón Pedro, un hombre ordinario, que ayer había negado a Jesús, *"lleno del Espíritu Santo",* se pone a predicar delante de los jefes de Israel (Hch 4,8). Los primeros diáconos eran hombres ordinarios, pero *"llenos del Espíritu Santo y de sabiduría" (Hch 6,3).* Esteban, un hombre ordinario, pero tan *"lleno de fe y del Espíritu santo",* que los que discutían con él no podían argumentar *"por la sabiduría y el Espíritu que se manifestaba en su palabra" (vv. 5.10).* Bernabé era un hombre ordinario, pero *"bondadoso, lleno del Espíritu Santo y de mucha fe" (11,24).* Él descubrió el valor de Saulo convertido y lo presentó a los Apóstoles cuando todos lo sospechaban.

Y viniendo a tiempos más recientes: Juan XXIII, que parecía sólo un gordito simpático, fue un hombre lleno del Espíritu Santo. Teresa de Calcuta, una mujer de apariencia muy humilde, estaba llena del Espíritu Santo. Sólo Dios sabe cuántos cristianos hay "llenos del Espíritu Santo". Pero los hay. Son los que sostienen a la Iglesia. Y, aun sin saberlo, abren caminos para la evangelización.

III. “No entristezcan al Espíritu Santo”

5. Alguno preguntará: “Y yo, que estoy bautizado, ¿no estoy lleno del Espíritu Santo?” Le respondo: Por el Bautismo y la Confirmación estamos llenos del Espíritu Santo. Pero podría darse el caso que lo tengamos como a un amigo a quien entristecemos con nuestra conducta, y entonces él no produce en nosotros la alegría de ser cristianos. Por ello San Pablo escribía: *“No entristezcan al Espíritu Santo de Dios, que los ha marcado con un sello para el día de la redención” (Ef 4,30).* Puede suceder también que lo tengamos como una luz que apagamos, y entonces no nos ilumina para comprender el Evangelio. Por ello San Pablo también escribe: *“No extingan la acción del Espíritu” (1 Ts 5,19).* Cuando sucede esto, y sucede con mucha frecuencia, por mucho ruido que hagamos los cristianos, no llamamos la atención de nadie. Adoptamos los criterios del mundo, y el mundo nos confunde con los suyos.

Mons. Carmelo Giaquinta, *arzobispo emérito de Resistencia*